

---

---

## EL DOCTOR DON RAFAEL GARCIA GOYENA.

---

### I.

Los frutos literarios del ingenio son siempre los mejores compañeros de la vida, dijo un célebre crítico inglés (1), justo apreciador de las producciones de la inteligencia, y de los encantos y atractivos con que nos brindan las páginas inspiradas por el talento y la imaginación. Así en la adversa como en la próspera fortuna, nos acompañan cual amigos fieles; llenan la fantasía de nobles imágenes, mueven las tiernas fibras del corazón, alimentan con ideas el espíritu, y, á la luz del raciocinio, nos conducen por plácido sendero á contemplar serenos y limpios horizontes. Esa amistad no está expuesta á cambios ni á peligros, que desvirtúan los afectos y á las veces impiamente los destrozan, cediendo al vil interés, á la rastrera envidia ó al voluble capricho. El tiempo se desliza con vertiginosa rapidez; la

---

[1.] Critical and Historical Essays, by Lord Macaulay. [Volume I, page 347.]

fortuna es inconstante; los placeres mundanales cansan al fin, y dejan en el alma árida y seca, la carcoma del hastío, mientras que nada de ésto puede afectar el íntimo trato, la silenciosa conversación que sostenemos, por medio de los libros, con los sabios de todas las edades.

Pero cuando el genio que nos ha legado sus tesoros, constituye una de las glorias de la patria; cuando el libro encierra descripciones que prestan interés á asuntos nacionales, con el sabor del país, con el colorido propio del lugar donde nacimos; cuando en los venturosos años de la niñez nos enseñaron á deletrear aquellas páginas, cuyos profundos pensamientos, bajo sencilla forma, se grabaron desde entonces en nuestra mente, y aparecen hoy ante la razón madura, en toda su esplendidez, como sucede con la semilla que en el surco germina y hace nacer el árbol que más tarde se ostenta con grueso tronco, ancha copa y espléndido follaje; cuando acontece todo éso, decimos, no podemos menos que profesar veneración y cariño, rindiendo el tributo de nuestro acendrado afecto, en medio de placenteras reminiscencias, al antiguo amigo de la infancia, que evoca dulces memorias, y aviva el sagrado amor á la tierra que sustentó nuestra cuna.

Bajo la influencia de tales sentimientos, debemos los guatemaltecos admirar las producciones de nuestro poeta el doctor don RAFAEL GARCÍA GOYENA. Aun cuando haya nacido en Guayaquil y no en Guatemala, derecho nos asiste para gloriarnos de contarle en el número de aquellos que son honra y prez de nuestras letras; porque aquí vino á recibir las impresiones que en temprana edad se experimentan y que jamás se borran; aquí se educó; aquí estudió; aquí contrajo sagrados vínculos; aquí supo pintar nuestras costumbres, corregir nuestros vicios, y describir, con tintes que son nuestros, las escenas locales que le dieron reputación y fama. Goyena es poeta guatemalteco, como es chileno Bello, el príncipe de los literatos latino-americanos; que la patria—más que el hecho, muchas veces casual, de nacer en un lugar—la constituyen los indisolubles lazos que nos

ligan con las personas y aun con las cosas que por mucho tiempo nos rodean, y, sin esfuerzo de la fantasía, vienen á formar como parte de nuestro propio sér, se amalgaman con nuestros afectos y recuerdos, llenan de encantos la primavera de la vida, y cuando llega al fin el aterido invierno, en las últimas sombras de esas fugaces horas que se llaman existencia, hasta vierten lágrimas por nosotros: "*sunt lacrymæ rerum,*" como dijo el poeta latino. Es que la patria no está en los muros de una ciudad, en los límites de una aldea, ó en los confines de un campo. La patria no es el terruño; es como opina Marmontel, el conjunto de caras afectaciones, correspondidas por nuestros compatriotas, y fomentadas por los guardianes de los intereses de todos los que moran en una demarcación política. Las tradiciones, los altares, las tumbas, el hogar y las familias, forman parte de la patria (2). Sin pretender, pues, defraudar al Ecuador, país natal del esclarecido vate, de la gloria que por ello le alcanza, lícito sea que también le considere hijo suyo la tierra en donde pasó la mayor parte de su vida y que guarda en paz sus restos venerandos.

En efecto, el doctor García Goyena apareció, entre nosotros, como una verdadera notabilidad en el difícil género del apólogo, que ha venido á ser en la historia el patrimonio exclusivo de muy pocos y selectos ingenios. En todos los otros géneros de poesía la superioridad más ó menos disputada se ha granjeado la admiración, la fama ó los aplausos. Partiendo de las tradiciones bíblicas de la Judea, al través de Grecia y Roma, por la Edad Media y el Renacimiento; en esa gran *leyenda de los siglos*, encontramos cantores como Homero, Horacio, Virgilio, Dante, Shakspeare y Calderón, que se elevaron en alas de lo ideal, por los sublimes espacios; pero que con diversos matices y distintas formas, no alcanza ninguno de ellos la absoluta supremacía en su especie. En nuestro siglo, á pesar de que todo oscila y lu-

[2.] Œuvres de Marmontel, t. VI p. 475.

cha, es verdad que hay afinidades entre los poetas; pero ¿quién osará discernir la palma al pesimista Leopardi, en parangón con Enrique Heine, el lírico cantor de los *lieder* alemanes? ¿Y qué decir de Schiller, que ambicionaba una espada, más que un laurel sobre su sepulcro, como soldado en el combate de la emancipación de la humanidad, si lo comparamos con Alfredo de Musset, el poeta de la juventud, el poeta de los dolores? El famoso bardo inglés, que personificó en su alma apasionada el espíritu del siglo, el inmortal lord Byron, ¿podrá vencer al español Zorrilla, que de seguro no desdén entrara en buena lid, con loriga castellana y puñal godo, acompañado de reyes, caballeros, monjas, juglares y pajes; podrá vencer al trovador que sube audaz hasta los señoriales alcázares y baja enamorado hasta las humildes cabañas; podrá vencer al romántico Tenorio, que delira por la gacela aprisionada tras los imponentes muros de legendario convento? Ni es dable mencionar en paralelo, para hacer el proceso de sus méritos y otorgar el laurel de la victoria, á Lamartine, que canta melodioso, como el pájaro en la ramada; que suspira triste, como el aura entre los sauces; que gime desolado, como la tórtola en el bosque;—y al tierno, dulce, amante, autor de las *Doloras*, “al más filósofo de los poetas y al más poeta de los filósofos.” Por último, ¿cabe competencia, seguida de éxito, entre los dos grandes vates del siglo, el cantor del Fausto y el profeta de “Los Castigos?” ¿Hay algo más acabado, que mejor fotografíe nuestra época, que esa epopeya inmortal de Goethe; pero, al propio tiempo, existe otro poema en que así resuenen los truenos de la ira, en que mejor se escuchan los divinos acordes del más sublime lirismo, que en “*Les Châtiments*” de Victor Hugo? No, no hagamos comparaciones: materialistas unos, espiritualistas otros, creyentes los más, líricos, épicos, elegiacos, descriptivos; todos inspirados; todos ellos son genios; pero ninguno alcanza á reunir, en la plenitud del arte, los elementos completos de la superioridad en cada género. “Uno tan sólo existe, dice La Harpe, si bien es el más humilde

de todos, en el cual un poeta ha sobresalido tanto, que basta mencionarlo para evocar su nombre. Hablar de *la fábula*, es hablar de La Fontaine: el género y el autor son todo uno.” (3.)

¡Pues bien; García Goyena, se ha dicho y con razón, es el La Fontaine americano!

Si Pilpay, Esopo, Avieno, Fedro, escribieron apólogos que tomó el poeta francés inspirándoles su carácter, de tal suerte que hoy se admiran como suyos; nuestro fabulista no tuvo que ir á buscar á remotas fechas y á lejanos climas el fondo de sus preciosos bocetos; que es rica hasta la exuberancia la zona tropical, y abunda en luz y armonías el florido pensil de Guatemala, para que la imaginación creadora se enardezca al calor de este sol que deja prisioneros sus rayos en las doradas plumas del *quetzal* y en las tenues alas de “la mariposa brillante, matizada de colores, que

A un fresco alelí se inclina,  
Y apenas lo gusta inquieta,  
Pasa luego á una violeta,  
Después á una clavellina.

Sin tocar á la verbena  
Sobre un tomillo aletea,  
Percibe su aura sabea  
Y descansa en la azucena.

De allí con rápido vuelo  
En otro cuadro distinto  
Da círculos á un jacinto  
Y se remonta hasta el cielo.

[3]. Cours de Littérature, pag. 724.

Vuelve con el mismo afán  
Sobre un clavel encarnado,  
En cuanto lo hubo gustado,  
Se traslada á un tulipán.

Atraída de su belleza  
En una temprana rosa  
Por un momento reposa  
Y el dorado cáliz besa.

Ya gira sobre un jazmín,  
Ya sobre el lirio, de modo  
Que corre el ámbito todo  
Del espacioso jardín.

Sobre un alto girasol,  
Por último toma asiento,  
Y en continuo movimiento  
Brillan sus alas al sol."

Etc., etc., etc.

Y no se crea que cegados por el patriotismo y atraídos por esa especie de mágico cariño que inspiran las historias, las leyendas, los cuentos y las fábulas, que recuerdan las apacibles horas de la niñez, exageramos comparando al poeta García Goyena, autor de esos magníficos versos, con el príncipe de los fabulistas, cuyo estilo original tiene, en más alta escala sin duda, y con mayor cultura y brillo, los atractivos todos del carácter del filósofo francés que selló con inmortal troquel los fabularios antiguos; porque también hay á la verdad en las primorosas narraciones de nuestro notable escritor, á vueltas de asuntos locales muchos de ellos, pero pintados con propios y naturales colores, el candor unido á la profundidad, y lo filosófico á lo deleitoso, que sabe hermanar el arte. Así y todo, si algo de patriótica

presunción envolvieran estas líneas, nos excusaríamos diciendo con Ovidio:

"Si licet exemplis  
In parvo grandibus uti."

Ni hemos abrigado el intento, al reproducir las frases del panegirista de La Fontaine, de relegar al olvido los célebres nombres del Arcipreste de Hita, Iriarte, Samaniego, el Barón de Andilla, Príncipe y Fernández, que tanto lustre dan á la nación ibera con sus interesantes cuadros; mosaicos finísimos, dechados admirables, verdaderos modelos en tan difícil género de poesía; pero ante cuya profunda estética no pierden la suavidad de sus matices, ni lo bien cortado de sus líneas, ni el perfume nacional, esos preciosos relicarios, que guardan jirones de nuestra historia y de nuestros recuerdos; esas sencillas fábulas guatemaltecas, que brotaron sin esfuerzo del ingenio, así como brota en nuestros incultos campos el *suquinay* que perfuma la pradera; así como brota el gorjeo no aprendido del indiano *senzonte*, que llena de armonías nuestras seculares selvas. Permítasenos, pues, que pronunciemos con orgullo el nombre de Goyena, al lado del de aquellos escritores de extendida fama, ya que siempre pudo la tímida violeta esparcir su suave olor allí donde luce la soberbia rosa; y embalsamar el rico ambiente del pensil, con sus efluvios, el lirio de los recónditos valles, junto al fragante eliotropo de los floridos vergeles.

No es oportuno sin embargo, anticipar elogios al mérito del literato cuya biografía y crítica vamos á escribir, cediendo no al vano alarde de poseer para tarea tan delicada, las fuerzas suficientes, que harto conocemos nuestra debilidad y flaqueza, sino animados por el amor que de antiguo profesamos á las bellas letras, y que, "como todos los amores puros y vehementes, es de suyo expansivo, y como todos los grandes amores también peca por temerario, que no por tímido." Válganos además de excusa, en

labor tan incompleta como defectuosa, el haberla emprendido alentados por el fraternal estímulo de nuestros apreciables colegas de la Academia Guatemalteca, y en el deseo de contribuir á su noble propósito, allegando siquiera menudo grano de arena á los suntuosos materiales con que ha de levantarse el templo de las letras patrias.

## II.

Don Joseph García y Goyena, natural de la pintoresca ciudad de Tafalla, en la provincia de Navarra, vino en el siglo pasado á Guatemala, con ánimo de dedicarse al comercio, ramo en que era entendido y práctico. Encontró desde luego protección eficaz y decidida en la casa del marqués don Juan Fermín de Aycinena, que lo empleó como cajero, y bajo cuyos auspicios pudo adquirir algunos bienes de fortuna. Poco tiempo antes de llegar á nuestro suelo, estuvo aquel español en Guayaquil, y el año 1766 nació allá un hijo suyo, fruto de novelescos amores de una dama ecuatoriana. Tendría doce años Rafael, que este era el nombre del adolescente, cuando lo hizo venir su padre á Guatemala con el propósito de dedicarlo á las letras. Vivo de genio, de entendimiento despejado, bien parecido y simpático, ofrecía halagüeñas esperanzas, aunque, como sucede á menudo, no era en tan tierna edad aficionado á los libros. Hubo, no obstante, por obedecer al autor de sus días, de dedicarse á los estudios, y sometióse á la pauta aristotélica, que regía en la Pontificia Universidad de San Carlos. Gastó tres años en metafísicas entelequias de escolástica, capaces de infundir tedio en el más lozano espíritu, saturado antes, por supuesto, con los preceptos de Nebrija y los principales trozos de los clásicos latinos. No se hablaba bien el castellano por todos los hombres estudiosos; pero en cambio se profundizaba entonces la lengua de Cicerón, que era

todavía la lengua de las ciencias, por más que desde el siglo XIII hubiera ordenado el sabio rey don Alfonso que el romance fuera el idioma oficial, y por ende el de las letras. A pesar de éso, todo lo que revestía alguna importancia era redactado en latín, y se consideraba como neófito en el templo de Minerva al que no poseyera ampliamente los tesoros del idioma del Lacio. No se extrañe, pues, que entre nosotros, bajo el régimen colonial, se estudiara el latín á rodo; ni se crea que censuramos, por concepto alguno, la atención que en cualquier tiempo debe prestar el literato á la lengua madre del italiano, el español y el francés, con el propósito de versarse mejor en ellas, no por el prurito de excluir al vulgo del comercio científico, ni atribuyendo más importancia á la lengua *muerta*, que á las que constantemente hablamos; tanto valdría, por estar siempre adorando á los lares de nuestros padres, desentendernos de los amigos, hermanos é hijos que nos rodean, que nos buscan, que nos quieren. "El sabio Newman ha demostrado matemáticamente que el juicio y madurez característicos del pueblo británico provienen en primer término de la importancia que en sus universidades y colegios se ha dado siempre á los estudios clásicos, porque ellos hacen pensador, sobrio, lleno de moderación, y enemigo del engreimiento y vanidad, al espíritu del hombre. No dice menos Tocqueville: júzganlo con igual criterio Muller y Pierron, y la pensadora Alemania lo sabe y lo practica, al extremo de que á tales estudios se deba, en no pequeña parte, el sólido criterio de sus escritores." Los que motejan, pues, el latín de rancio, gótico é inútil, muy poco entienden en materia de letras humanas; pero también aquellos que atribuyen más atención al habla de Virgilio, que á la heredada en buena hora por nosotros de los hidalgos castellanos, pecan por rezagados en la vía del progreso y sistemáticamente adheridos á lo tradicional y antiguo.

Mas sea de éso lo que fuere, el joven Goyena, después de haber cumplido con el precepto de Horacio, de estudiar día y noche los clásicos, y de haberse hecho bachiller en